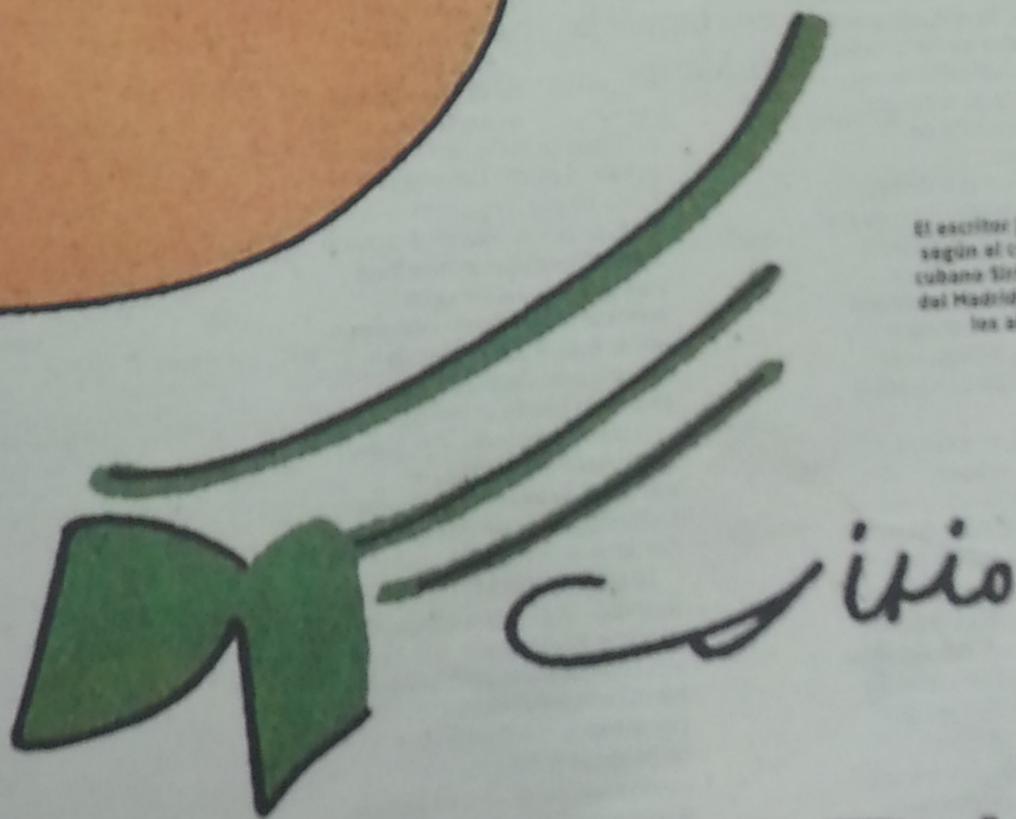




El escritor Julio Camba, según el caricaturista cubano Sirio, retratista del Madrid bohemio de los años 30.



# CAMBA EN GUERRA

Salen a la luz, un siglo después, los textos anarquistas del gran escritor gallego

Por Manuel Jabois



Retrato del Camba alejado del anarquismo, en la cúspide de su fama como corresponsal.

Antes de la mayoría de edad Julio Camba ya estaba condenado a los infiernos por la Iglesia y había sido expulsado de un país por el Gobierno. En *El Destierro*, sus memorias de anarquista en Argentina, escribe: «A los 16 años yo era protagonista de novelas y a los 22 las escribo. Indudablemente he decaído mucho».

Su polémica con Dios fue por promover el amor libre en un diario local. «El semanario *El Eco de Marín*», dijo el auto de condenación del arzobispo de Santiago, «se ensaña contra el Romano Pontífice, el celibato eclesiástico y el estado clerical». La Iglesia excomulgó a la redacción.

Fueron meses agitados en la vida del adolescente Camba. En su pueblo casi lo apalean pescadores monárquicos y en otoño, cansado de todo, con ese propósito a la remanguillé tan gallego, se mete de polizón en un barco en dirección a Buenos Aires. Ya es el anarquista Camba: se había convertido a los doce años en la rebotica de una farmacia de Marín, donde era oyente en una tertulia de librepensadores.

*El Eco de Galicia* le dio la bienvenida a Buenos Aires en sus páginas: «Le deseamos buena suerte en este país». Meses después el Gobierno lo expulsó por elemento «refractario e indeseable». La última noche antes de zarpar un camarada se dirigió a él:

— Oye, Camba. Yo quisiera pensar una frase célebre...  
— ¿Una frase célebre?  
— Sí, una frase como la de Méndez-Núñez en Callao, por ejemplo, u otra cosa parecida.  
— No entiendo... ¿Para qué?  
— Pues, para cuando nos vayamos a ir. La decimos desde el vapor...

Lo que había ocurrido era que Camba, ya agitador famoso, promovió con sus compañeros una huelga general cuya mecha tiene, en el libro, un sentido absurdo tan propio de sus artículos. «¿Quiere usted que hagamos la huelga general?», le preguntó su colega Basterra. «¿La huelga general?», respondió Camba. «Sí, hombre. Aquí mismo hacemos una orden del día y se la damos a La Prensa. Mañana aparece en todos los

periódicos y los obreros no tendrán más remedio que ir a la huelga».

Fue la primera huelga general en Argentina. Se perdieron cantidades astronómicas de dinero. «No rodaba un coche, no giraba una grúa, no gemía el pito de una fábrica (...). El alma misma de la población, el alma inquieta, nerviosa y alegre del monstruo, se llenó de frío y de espanto». De entonces es una frase de Camba que ilustraría su personal cambio de régimen con los años: «Una revolución es siempre una obra de arte». Durante la Guerra Civil escribió: «La revolución es una juerga, una orgía, una bacanal que no tiene nada que ver con la guerra. Se tiran tiros. Se comen jamones. Se matan curas (...). La guerra, por el contrario, es orden, método, disciplina, jerarquía, autoridad y responsabilidad».

A causa de la huelga el Congreso argentino aprobó una ley con la que vaciar Buenos Aires de anarquistas y socialistas. «Yo me quería ir y no podía», confiesa Camba, que al llegar a la comisaría se lleva una alegría enorme: «Allí

Se hizo anarquista a los 12 años escuchando una tertulia que unos libertarios hacían en la trastienda de una farmacia de Marín

estaban todos mis amigos de toda mi vida en Buenos Aires». Cuando los metieron en el buque, uno se dirigió a tierra sacando la cabeza por la ventanilla: «Podéis echarnos a nosotros, pero nunca podéis echar de ahí a nuestras ideas». Camba no daba crédito: era el tipo que le había dicho que quería pensar una frase célebre.

Es la vida conocida de Camba en Argentina,

publicada en *El Destierro*, un libro que ahora reedita Ediciones del Viento junto a *El matrimonio de Restrepo* con un prólogo de Ignacio Ruiz Quintano que incluye frase para los restos («Cuando el periodismo que uno conoció siente que su final se acerca, manda a llamar a Julio Camba»). *El Destierro* también se incluye en otro libro ya a la venta, *¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno! Los escritos de la anarquía* (Pepitas de Calabaza). Pero éste más en funciones de contexto.

Lo que ha publicado Pepitas tras un trabajo largo y delicadísimo de su editor, Julián Lacalle, son los artículos que Camba publicó desde los 16 hasta los 22 años. Documentos, muchos de ellos, desperdigados entre los dos continentes, publicados en gacetas, diarios y publicaciones periódicas de vida corta y difusión discreta. Camba llegó a dirigir en soledad *El Rebelde*, publicación anarquista de la que se ha encontrado casi toda su colección en una casa ilustre, suscrita a las páginas del diario: Piotr Kropotkin, fundador de la Escuela del Anarcocomunismo. El desconocido primer Julio Camba.

«Cada una de aquellas páginas tenía más emoción y más intensidad que las que he escrito después con arreglo a otros tratados de estética»



«¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!» levanta los escritos de combate que en ocasiones se inclinan al modernismo en un hombre que ya en Madrid, y después de la bomba de Mateo Morral, se fue alejando de sí mismo para instalarse en una comodidad insurgente, tan llena de manías y distancias que hasta un amoral como Ruano reconoció la total falta de amor que hubo en Julio Camba por los seres y las cosas.

En la recopilación de todos estos artículos de juventud, muchos nunca reeditados, proscritos por las antologías al limitar con «lo políticamente correcto y lo literariamente aceptable», asoma un Camba irreal por apasionado y fervoroso, como el que a ratos escribe durante la Guerra Civil pero sin las connotaciones que entonces había de resentimiento contra la República. Quizá era su adolescencia y su idealismo, pero como dijo Arcadi Espada ante cualquier juicio que se le haga al vilanovés, cuidado con Camba.

En *El Destierro* recordaría estos textos con cariño, aunque se cree que al final, con perspectiva, los rechazó espantado. «Aquellos manifiestos tenían por objeto enardecer el espíritu de la multitud, y yo mismo iba adquiriendo cierto ardor bélico a medida que los escribía. Seguramente, no faltarán amigos que me desprecien al saber que yo he cultivado ese género de la literatura. Sin embargo, cada una de aquellas páginas, que se imprimían en hojas sueltas y que se fijaban clandestinamente en las paredes de los edificios, tenía más emoción y más intensidad que he escrito después con arreglo a otros tratados de estética».

Como muestra, el primer escrito del libro, un artículo de 1901 en *La Protesta Humana*. Camba recuerda la Revuelta de Haymarket en Chicago, protestas iniciadas el 1 de mayo de 1886 en respaldo a los obreros en huelga que peleaban por la jornada de ocho horas. Mientras se desarrollaba una manifestación por la ciudad, un desconocido arrojó un artefacto explosivo a los 180 policías que se disponían a disolver a la multitud. Murió un agente y fueron heridos varios; el resto reaccionó matando a disparos a numerosos obreros. Hubo cientos de detenciones y fueron condenados a muerte cinco anarquistas (uno más se suicidó antes de ser ejecutado). Los mártires de Chicago, les llamaron, y el Primero de Mayo es desde entonces el día de la clase trabajadora.

«Nosotros también nos reiremos porque las víctimas del 87 a la vez que un sentimiento de dolor constituyen para los amantes de la libertad un motivo de alegría. ¿Qué importa el sacrificio de unos cuantos compañeros ante el triunfo obtenido por ellos para la humanidad entera? (...) Así es la filosofía de los gobiernos, de los burgueses, de los conservadores todos (...) Pero la revolución está

ardiendo, y todos los frenos con que se intente detenerla serán inútiles. Más amantes de la verdad que de nosotros mismos, los anarquistas seguiremos por el camino iniciado destruyendo, destruyendo, destruyendo siempre...».

Carga en otro artículo contra las manifestaciones pacíficas de la clase trabajadora («rodando y oliendo a moño como un queso podrido de Holanda») y reclama la manifestación verdadera «sin temor a los machetes de los vigilantes ni a las cortapisas de los tontos; manifestación viril, progresiva, humana». Azuza a las masas al extremo de comparar dos noticias, una batalla de flores del Retiro por la mayoría de edad de Alfonso XIII y una explosión en minas de Tennessee en la que mueren 224 obreros: «Mientras una catástrofe siega en flor 224 vidas útiles y pródigas, unos cuantos centenares de igorotes derrochan en claveles y lilas para hacer la apoteosis de un muñeco, idiota por necesidad».

En 1903, en *Tierra y Libertad*, escribe de «los Judas de la inteligencia (...) que mueren sin haber creado una sola idea» y les avisa de que la lucha es cruenta y «vale más caer frente al sol, empapando el gladio con sangre fecunda, que presentarle el torso, levantándose ridículamente para hocicar después». «Nosotros hemos recogido la bandera roja (...) y la hacemos tremolar como fámula purificadora sobre las cabezas de

Escribe con 16 años: «La revolución está ardiendo, y todos los frenos con que se intente detenerla serán inútiles»

todos los tiranos».

La lucha de Camba con la pluma, sin haber cumplido veinte años, llega a presentarse mansa a los pies del modernismo de su vecino de pueblo, Valle-Inclán. Uno de sus artículos parece un arranque de *Femeninas*: «Sentada en el balcón sonriente, con la sana y alegre sonrisa de las flores, solía consumir las horas del crepúsculo paseando la errabundez de su mirar melancólico sobre el incesante hormigueo de la muchedumbre abigarrada». También aquí termina apareciendo el criado, el mancebo, el burgués.

Se trata de una prosa en las antipodas del famoso Camba, el articulista mejor pagado de la época sobre cuyo sueldo se interesó, asombrado, el rey de España. Una escritura sin los rasgos que la harían propiedad de la «la más pura y elegante inteligencia del país», como dijo Ortega, apoyada en argumentos que en perspectiva desmentirían al impulsivo anarquista que dedica un artículo a atacar a aquellos hombres «altamente graves y altamente imbéciles» que le dicen

que sus ideas son propias de la edad. «Ustedes», escucha Camba, «tienen muy pocos años. Cuando vayan siendo viejos, ya verán como se enfrían sus impetuosidades (...) Yo también, cuando era joven, pensaba así. Pero la experiencia..., la experiencia...». «Y se calla», continúa Camba, el solitario del Palace, hotel en el que residió hasta su muerte en una habitación pagada por los March. «Se calla tristemente, después de haber confesado su decrepitud y su inutilidad».

«¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!», llamaba De Quincey al opio y se apropia de la expresión Camba para referirse al anarquismo. Los extractos publicados son sensacionalistas; contraste violento entre quien fue enterrado lentamente por ser, como dijo Trapiello, ganador de la guerra civil y perdedor de la Historia de la Literatura. El libro es un trabajo de 600 páginas en las que además de un largo preámbulo biográfico del editor se esboza el costumbrismo, Galicia, el humor y finalmente la

Cuando un hombre le sugiere que quizá con el tiempo cambie de ideas, Camba, asombrado, le llama decrepito e inútil

semilla del desencanto de Camba, el primero de todos, por la causa del anarquismo y de sí mismo después. También en el libro muda su escritura. Desde los 16 años hasta los 22 en los que escribe *El Destierro* Camba desarrolla un talento insultante, fuera de lugar, cuya evolución en directo a través de sus artículos produce estupor.

La primera mella en las ideas del periodista se sitúa en el atentado de su amigo Mateo Morral contra Alfonso XIII. Los artículos para *España Nueva* dedicados a la que llama «causa de la bomba» son magistrales, sin verborrea ni «trasnochado lirismo decimonónico», como si recogiese la prosa y en lugar de endosársela a los demás para que salgan a la calle a quemar banderas entrenase la proposición final que le haría célebre: escribir por dinero, y cuando lo haya, no escribir.

«Mateo Morral era un muchacho alto, delgado y agradable, que vestía correctamente, que hablaba poco y que sonreía en todo momento con una sonrisa fría y enigmática (...) Yo ignoraba que aquella mano que Morral me tendía y que yo estrechaba cordialmente había de teñirse un día de la sangre de tantas víctimas». Le recuerda Morral al anarquista *chic* de un artículo de Capus que construye una bomba de marfil con incrustaciones de nácar para cargar de luses y llevar al Círculo en un coche de dos caballos. La última vez que lo vio fue en el

Hospital del Buen Suceso, «tendido dentro de una caja, vestido de obrero. Tenía la blusa abierta sobre el pecho, en el que se veía la huella enorme de la bala». Dice de él que sonreía como siempre, pero con una sonrisa más acentuada.

Ya había publicado en *El País*, un 30 de junio de ese año, 1906, su primer reproche a los suyos: «La historia de la señorita Ubao es ejemplar por inversión, como las bombas anarquistas, esto es: para que las señoritas de condición análoga a las suyas hagan todo lo contrario de lo que ella hizo». Meses después escribe un artículo fundamental, *Yo y mi sirviente*, en el que la fisura se agranda al comparar su trabajo con el del hombre que barre su habitación. «Dentro de 24 horas mi artículo habrá sido leído y olvidado sin producir una crisis, sin originar un motín, sin dejar siquiera en el cerebro de los lectores un precepto moral que encamine sus pasos por la vida, una idea útil o una enseñanza práctica».

Con 22 años Camba está en el

«Dentro de 24 horas mi artículo habrá sido leído y olvidado sin producir una crisis, sin originar un motín», reconoce

Congreso haciendo crónica en *Diario de un Escéptico*, que es el título que sucedería al de anarquista. Ya siempre escribirá pensando que no vale de nada. Y en cualquier caso su escritura, más allá de aspectos estilísticos, fue siempre actual, tanto que su obra de entonces se lee ahora con la convicción de que lo cuenta está pasando en el

mundo de hoy.

Ante el cadáver de Morral se cruzó con otro hombre que quiso hacer una frase para el recuerdo y no le salió nada, como años antes aquel emigrante del buque que acabó diciendo una perogrullada. Aprendida la lección, Camba dedicó su vida a que ninguno de sus párrafos sirviese para que un desaprensivo lo convirtiese en discurso, moraleja o lección. Y del revolucionario quedaron unas brasas sólo reconocibles en la distancia exagerada que tomó con todo aquello.



Julio Camba, delante de la máquina de escribir, en su época en 'Abc'.